



CIC. Cuadernos de Información y
Comunicación

ISSN: 1135-7991

cic@ccinf.ucm.es

Universidad Complutense de Madrid
España

Aladro Vico, Eva
Comunicación como traducción
CIC. Cuadernos de Información y Comunicación, vol. 21, 2016, pp. 233-241
Universidad Complutense de Madrid
Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=93547613013>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



Comunicación como traducción

Eva Aladro Vico

Enviado: 23/abril/2016 / Aceptado: 30 de abril 2016

Resumen. Este texto reflexiona sobre el hecho profundo de que toda auténtica comunicación es de hecho una traducción. Analiza el fenómeno de la expresión como un método que acepta siempre la naturaleza indirecta de todos los lenguajes para la cooperación básica que supone la expresión. Siguiendo las teorías de Grice o Vygotsky, presenta ideas sobre el fenómeno básico de la generación de una comunidad de significados entre hablantes y oyentes.

Palabras clave: comunicación; traducción; cooperación; lenguaje; expresión.

[en] Communication as a Translation

Abstract. This text reflect upon the fundamental fact that every original communication is really a translation. It analyses the phenomenon of the expression as something that has to do with the acceptance of the indirect nature of every language, to the basic cooperation that expressive activity implies. Following the theories of P. Grice or L. Vygotsky, the paper exposes some ideas about the fundamentals of the community of meaning between speakers and audiences.

Keywords: communication; translation; cooperation; language; expression.

Sumario. 1. La comunicación es una traducción excelente. 2. Medio y traducción. 3. Cooperando para traducir, traduciendo para cooperar. 4. El desvío semántico que nos reconduce al significado. Referencias.

Cómo citar: Aladro Vico, E. (2016) Comunicación como traducción, en *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación* 21, 233-241.

“Los ciegos oímos paisajes, vemos tonos y gustamos la música”.

Helen Keller

1. La comunicación es una traducción excelente

Podemos pensar, con muchos autores del mundo comunicativo y lingüístico, que toda comunicación es una traducción. No existe un lenguaje o medio directo, literal, porque todos lenguajes, y todos los medios, son interposiciones de elementos indirectos que facilitan la comunicación y la traducen, es decir, la cambian o transportan a otro soporte. Esta es la única vía por la que podemos estar

realmente en contacto con la existencia que nos rodea. Es la virtud de la traducción la que permite abrirse al mundo en la comunicación.

Todos los lenguajes son imperfectos, son simples, son escasos. Todos los signos resultan incompletos o pobres, indirectos o impropios. Pero una vez que son usados como mecanismos traductores, recuperan el infinito potencial que tienen, porque las analogías que desarrollan abren esos lenguajes a la expresión del universo.

Un proceso de comunicación implica el uso de un medio, de un canal o un cauce limitado e indirecto, que vierte el mensaje que debe transmitirse, mediante un sistema traductor. Pensemos, como hizo Malraux, en un prisionero en una celda de piedra, que usa los muros para comunicarse, mediante golpes, con el prisionero de al lado. El medio es efectivamente el cauce indirecto de la comunicación, que en este paradójico y paradigmático ejemplo, está imposibilitada por él mismo. Se realiza una trasposición del contenido del mensaje a la superficie y sistema sígnico del medio, y mediante esta traducción, se consigue el contacto. El prisionero se adapta a las condiciones de incomunicación para usarlas como una base traductora, consiguiendo que emitan o transmitan sus señales.

Pensemos en el sonido de un tambor que emite un mensaje de tribu a tribu, a una gran distancia. El golpe sobre el tambor, en la secuencia rítmica, está traduciendo a su lenguaje básicamente binario (sonido y silencio) el mundo de significados de los lenguajes verbales de los dos poblados. Como canal es extremadamente pobre, pero su capacidad extensora es enorme y supera distancias que ni el grito o carrera más intensos podrían alcanzar. Para ello, es necesario adaptar el lenguaje humano al sordo lenguaje de la tripa resonante del tambor. Es preciso traducir, y con ello, canalizar y proyectar, un primer lenguaje. Establecida la equivalencia, podrá abrirse la ventana al mundo que supone la comunicación.

Un medio es siempre un sistema traductor, o si queremos llamarlo así, una interfaz. Sabemos que las interfaces son los elementos límite de un sistema comunicativo, que actúan como barrera y a la vez como contacto con el mundo exterior a dicho sistema. Son límites porque se sitúan en el lugar en el que permiten el contacto con el exterior, y provienen a menudo del mismo, constituyendo adaptaciones y extensiones que usamos para comunicarnos. Pensemos en el muro de piedra sobre el que grabamos un mensaje. Nos aísla pero a la vez nos conecta. Pensemos en la sala oscura del cine, que hace lo mismo. Pensemos en la plana y muda hoja de papel en la que escribimos algo que llegará muy lejos, hasta su destinatario de correo. A menudo los medios e interfaces limitan o absorben en sus superficies elementos que provienen del exterior del sistema, como la tripa en el tambor o la piedra para el prisionero pero al mismo tiempo, las interfaces son el puente que nos permite conectar con el medio exterior. Ello es posible porque la interfaz es más eficaz cuanto más fuerza una traducción. Cuanto más externos, más indirectos, más difíciles de convertir en lenguajes, más capaces son las interfaces de transformar mediante su operación de versión, sus limitaciones en potencialidades. Se trata de hallar una equivalencia que traspasa toda barrera, y para ello, nos servimos de las barreras mismas.

Pensemos cómo se construyen las interfaces: Son pantallas, mandos, planos interpuestos en los que para invitar al usuario al sistema traductor, se muestran

equivalencias que ya se han establecido entre los elementos que van a ser puestos en común: la pantalla táctil que simula un paisaje o un campo que recorrer, el mando que indica mediante símbolos asociados a botones las equivalencias que abren la posibilidad de un lenguaje de posiciones, o los signos manuales pintados que similares a determinados objetos o imágenes nos invitan a usarlos para transmitir significados.

La interfaz es siempre doble, es decir, tiene dos caras, una de un nivel de significado o código interno, y la otra de otro diverso y externo. La fusión o traducción que la comunicación produce entre ambos literalmente implosiona los niveles lógicos abriendo la misma al significado profundo, universal, que pueden generar los distintos lenguajes de manera análoga. El milagro está en que la traducción puede ser tan perfecta como la versión original, e incluso más.

Pensemos en el caso legendario de la escritora sordo-ciega Helen Keller. Cuando la institutriz crea la interfaz para su comunicación con la niña Helen, hasta ese momento imposible, ingenia un sistema en el que la lectura sobre la superficie de la mano, en imágenes táctiles o kinestésicas, de los signos visuales del lenguaje de sordos, va configurando un sistema traductor.

La interfaz creada por la maestra es doblemente indirecta: un sistema para sordos que una ciega no puede ver, que es representado sobre una mano, que la sorda no ve pero puede sentir. Las imágenes creadas en la mano van a tener una forma que reconocerá la niña ciega, una vez las asocie a significados existentes. El sistema creado, de equivalencias, funciona a la perfección: va a abrir el mundo de Helen Keller a un universo riquísimo de vida, el que se genera cuando se pone en contacto el interior de su mundo con el mundo externo.

Cuando Helen Keller entiende por primera vez que un signo que su institutriz le repite incesantemente en la palma de la mano significa agua, porque por fin asocia la sensación del frío líquido que cae de la fuente, con las imágenes que la profesora representa sobre su mano, de tanto repetir la asociación entre ambas cosas, se produce un fenómeno asombroso: se establece *definitivamente un sistema traductor completo y acabado* que lleva a la niña sordomuda y ciega a preguntar sin cesar, con avidez y enorme alegría, por todos los nombres de las distintas cosas, realidades y personas o seres que constituyen su mundo primario. Lo que Helen Keller encuentra es efectivamente un sistema traductor que le permite volcar los significados previamente existentes en unos signos que también repentinamente se iluminan con diferencias y matices.

Claro que se trata, como decían Vygotsky y Pavlov (2010), de un “segundo sistema de señales”. Ese segundo sistema tiene una vida propia que ahonda y profundiza en el primer sistema, y que sobre él establece un puente: el puente que conecta cualquier sistema de señales con otro, y que es el mismo que conecta el significado con la palabra. El mismo que nos conecta con el mundo. El mismo que nos comunica entre nosotros, como diría Bühler.

La iluminación que la niña Helen Keller experimentó cuando se le reveló el significado de los signos, dota a su vida interior de una resonancia que no se daba antes. Disfruta del desdoblarse de esas experiencias en su propia expresión de las mismas mediante los signos, y al hacerlo así, estas crecen, son, están presentes.

Ayudando a profundizar en su experiencia al traducirla a los signos que empieza a identificar, la niña revive y goza de aquella nuevamente, la saborea. En la misma experiencia, recuerda y bautiza, refunda y revive las formas. La niña se hará una escritora prodigiosa, porque el mecanismo de traducción reverberará en ella hasta hacerla experta en nuevas glosas, creadora de ellas. Unas formas llevan a otras, como un hablante hace hablar a otro.

Este fenómeno de comunicación que de repente surge permitiendo la vinculación del mundo vital de la niña ciega y el mundo de la cultura, que le llega gracias al lenguaje indirecto en interfaz táctil usado por su maestra, abre a Helen Keller un universo de posibilidades vitales. Empieza a ser feliz, alegre, a captar la energía de la vida al poder compartirla con otros. Literalmente, como dice la autora, empieza a ver, puesto que para ella la visión de la realidad está asociada a ese sistema de traducción que le permite saltar de un lenguaje a otro, de un sentido perceptivo a otro, mediante las equivalencias semánticas.

“Al pasar por primera vez una simple palabra de otra mano a la mía, al rozar suavemente otros dedos los míos, comenzaron la conciencia, el júbilo, y la plenitud de la vida”. (Keller, 2012b: 5). Como Santo Tomás de Aquino afirma, “la forma actualiza toda la potencialidad de la materia” (1997:152).

Las analogías, los significados, explotan cuando encontramos una interfaz que traduce un código o lenguaje, un sistema de señales y percepciones, a otro equivalente. Así, Keller afirma que puede sentir la primavera mejor que si la viera, mediante la sutil captación de las vibraciones, zumbidos, olores, y las sensaciones de frescor y de frondosidad que son las que le dan color verdadero a esta estación. Igualmente, es un sistema indirecto, pero completamente iluminador y sutil el que le permite captar la música, mediante el ritmo y la vibración, y las sensaciones de su flujo sensorial kinestésico. Keller se da cuenta de que es la traducción la que abre el universo, y no la percepción directa en sí: no hay nada específicamente único en un sistema comunicativo, todos pueden verse en otro mediante las proyecciones y las analogías, y lo sorprendente es que esa transducción, esa canalización, es más perfecta y exacta que el primer sistema, resonando sobre él.

“Algunas veces me parece que en mi cuerpo han nacido miles de ojos, y que éstos, atónitos, descubren un mundo diferente cada día”. (H. Keller 2012b)

2. Medio y traducción

De este modo, un medio de comunicación es siempre un recurso que surge transformando una limitación, o desviándose mediante algo extraño, que, resonante, sirve de canal extensor o de amplificador para alguna señal o mensaje. Cuando usamos un determinado medio –por ejemplo el papel y la tinta– nos limitamos a un sistema visual y verbal de señales mudas bidimensionales, obligándonos a las restricciones de movilidad, de psicomotricidad expresiva, que este medio impone: pero una vez que convertimos este sistema en un traductor de todos los otros sistemas de comunicación posibles, su poder amplificador se hace infinito por su capacidad de analogía: una vez que sirve como código de cambio, como superficie de metáfora, y que se acepta su naturaleza como el único medio

disponible, entonces la atención humana descubre proyectivamente la apertura del universo de la comunicación verbal escrita, aceptando su capacidad y con ello generando la traducción, la paráfrasis, la versión, del universo entero en su infinitud, mediante este simple sistema.

Esto explica por qué no es necesario crear el medio más rico en recursos para comunicar mejor, y por qué, medios completamente indirectos, limitados o impropios, como la escritura sobre la arena, o una danza, un gesto o una efímera representación teatral pueden transmitir mejor que mil recursos tecnológicos la impresión de vida.

El sentido es una analogía. La comprensión es la destrucción de las barreras formales, de los límites. El sentido siempre es algo compartido. Activarlo es haber establecido ya una íntima cooperación con el lenguaje, con los hablantes.

En el mundo de Helen Keller, los sentidos reverberan unos en otros: oído y tacto vibran, vista y olfato tienen gamas, tacto y gusto, frecuencias. Todos ellos pueden acoplarse y metaforizarse unos en otros, traduciendo sus códigos.

Como si por el principio de caridad interpretativa que Paul Grice (1975) supo ver, desde el momento en que aceptamos el uso de un medio o lenguaje para canalizar algo indirectamente, también creemos o aceptamos la gracia inherente a ese medio que puede ser igual de eficaz que cualquier otro. Aceptamos las ondas infinitas de las analogías, su libertad para el ser humano, la hacemos nuestra. Del mismo modo, aceptamos que la comunicación con los demás busca el entendimiento porque lo experimenta en el proceso traductor de toda la comunicación: el acuerdo entre los lenguajes, entre los signos que expresan la percepción y emoción, de ser medios unos de otros, es lo que compartimos cuando aceptamos la veracidad y presuponemos nuestro esfuerzo por cooperar con las palabras.

Pero del medio puede decirse que cuanto más limitante es en su condición de contacto con el entorno, más resonante puede ser como mecanismo de traducción. Así, la pobreza de medios agudiza la imaginación creativa para ahondar en las cualidades escasas que podemos usar, y crear infinitas formas y gamas con ellas. Medios extremadamente simples, como las estructuras binarias de la luz y la oscuridad, el sonido y el silencio, pueden incorporar, mediante su uso de ritmos y matices infinitos entre ellos, universos de color, profundidad, aroma. El umbral de carga informativa digital necesariamente restringe, como interfaz, a pocas posibilidades que, una vez convertidas en herramientas utilizables, genera el universo analógico de infinitos grados y continuos entre ellas.

En todos los casos, comunicar es la fiesta traductora. Es la energía que surge de descubrir que es posible llegar hasta el mundo que nos rodea por medios diversos. Que todos los medios tienen equivalencias, y que utilizarlas y descubrirlas es algo que nos apasiona.

Un medio es un elemento carente, un principio escaso. Su representación es siempre selectiva, pobre. Expresa una renuncia, y también, la aceptación de un sistema, por limitado que parezca, por indirecto que resulte. Con esa aceptación del medio, se genera el poder preciso para que el medio se expanda y proyecte, generando su capacidad traductora.

Un medio indirecto es siempre más expresivo que uno directo, porque tiene una coherencia, es representativo. Lo expresivo siempre acepta una reducción en cuyo código se alcanza el infinito de matices. Es la adaptación la que termina encontrando unos paralelismos entre medios, lenguajes y experiencias, que las pone en contacto. En la humildad del medio impropio y grosero aparece la plena belleza libre de la poesía más pura.

Cualquier cosa puede ser un medio de comunicación. Basta con que el ser humano la acepte como interfaz, como sistema, en cuya limitada economía, en cuya naturaleza sesgada o lisiada, tengamos que realizar una traducción. Los sistemas de ensamblaje que todos los medios y herramientas comunicativas suponen, y muchísimas herramientas y tecnologías que la acción humana implica, son posibles gracias al poder traductor, que usa las analogías que las proyecciones generan para verter significados en esos canales, medios y lenguajes secundarios, impropios o no especializados. Y convertirlos en obras de arte, en piezas maestras de la comunicación.

Precisamente ese carácter secundario, indirecto, aducido, instrumental, provisional, es lo que hace ideal la transmisión que el medio lleva a cabo. Recordemos que la reducción informativa puede ser infinitamente más rica, contiene el potencial de un infinito en los matices de sus umbrales.

3. Cooperando para traducir, traduciendo para cooperar

Una traducción se hace capaz, se vuelve sincera y profunda, cuando acepta un lenguaje prestado para volcar el significado. Y en esa operación, el sentido común a los lenguajes se expande en ejercicio.

Así, en la experiencia intensa que tenemos en la comunicación aprendemos que tenemos un objetivo común (Grice 1975:519), el de exteriorizar una identidad profunda con los demás: garantizar que la experiencia de unión con los demás, de equivalencia entre lo vivido por uno o por el otro, puede quedar fijada en el lenguaje. Queda probada en el lenguaje y en su floración de traducciones a distintos códigos y distintos medios. Todos ellos pueden encauzarse y canalizar, de unos a otros, el fenómeno de la consciencia humana.

Como dice el filósofo inglés, la cooperación que se establece es la que está garantizada o implicada en la traducción del sentido de un medio a otro, y en su aceptación y desarrollo. La actividad proyectiva común, la aceptación de las analogías, el desarrollo en general del sentido compromete todas las actividades, instigando el control de la cantidad, la cualidad, la relevancia, el modo de comunicación.

El establecimiento de la exactitud del código no es el comienzo de la comunicación, sino su fin. La finalidad fundamental de la comunicación, es la fundación del lenguaje, su ejercicio original en tanto bautiza y extiende a dimensiones de experiencia nuevas y actuales su capacidad traductora. Es cierto que ello conduce a reforzar ni más ni menos que el sentido convencional de las palabras, y a que el uso del lenguaje más natural posible esté protegido por la

creencia básica que se apoya en la identidad entre los códigos traductores que podemos usar como medios, y que lanza al hablante a expresarse.

Vygotsky (2010) y Pavlov afirmaron con enorme acierto que el ser humano tiene en los lenguajes el denominado “segundo sistema de señales”, decíamos. La paradoja sorprendente es que los lenguajes nacen como un segundo sistema traductor de un sistema primario que no existe. Como si el significado hallado en la expresión, forjado en la comunicación, creciera como una traducción, de un texto original inexistente. Vygotsky sabía que la unidad formada por la palabra y su significado se desarrolla en profundidad, extendiéndose y enriqueciéndose conforme se habla, en el tiempo del hablante. En la teoría medieval de Santo Tomás, el significado es la revelación de un misterio. Exactamente así es.

Lo que le ocurrió a Helen Keller era algo que se veía venir: se hizo escritora por la fuerza con la que irrumpió en su vida el significado del lenguaje humano iluminando el mundo que le rodeaba. Esa experiencia, que todos tenemos en nuestra vida, no suele ser tan intensa en todo el mundo. Pero es la misma que nos mueve a hablar, ilusionados con el sentido hallado en las palabras. Y es la misma que genera a los hablantes. Veremos en seguida cómo.

Toda comunicación conduce a renovar el sentido de los signos convencionales mediante una actividad de versión o de traducción. Si la comunicación es una traducción, eso implica que hay un sentido originario que aparece glosado o traducido y que se hace presente, idéntico a sí mismo, en cada versión. Pero la infinitud se abre ante cada fenómeno traductor. Hay más significado en cada cosa en sí misma, que en todas las que pueda abarcar la vista, como decía Helen Keller. El significado es un fenómeno en crecimiento, y el entusiasmo traductor, el entusiasmo creador o desvelador de sentido, es el que mueve el habla.

La revelación del sentido, del significado de algo, es siempre una “versión” de otra cosa. Lo vertido es una traducción literal, lo más exacta posible, a un medio indirecto o impropio, que repentinamente se convierte en herramienta expansora de sí misma.

Es posible identificar completamente una codificación con otra en que se traduce. La traducción puede ser exacta.

¿Cómo es esto posible? ¿Cómo puede expresarse color mediante el sonido? ¿olor mediante el lenguaje verbal? ¿Qué leyes de trasposición, de trasducción, de paso a través de un medio impropio, permiten la exacta equivalencia entre lenguajes? Cualquier traductor, cualquier hablante, siente que la traducción y la expresión avanzan porque alcanzan esa identidad que los refuerza.

En ese hecho milagroso reside la fuerza y la ilusión cooperativa que mueve el lenguaje.

Es posible traspasar integralmente una experiencia a otro, es decir, trasladar la propia vida a otro, por así decir, regalarla, mediante la comunicación. Esto hace la comunicación un fenómeno inmenso en la vida humana.

No es raro que Grice viera en la comunicación no un ejercicio cooperativo, sino el efecto de una cooperación previa, no un principio de acción, sino el final de la acción colectiva que tiene que ver con las implicaturas básicas, que son efecto, y no solo acción, del proceso traductor inicial que experimentan dos hablantes cuando

comienzan a usar el lenguaje. Las propias vivencias, sensaciones y profundas emociones de la comunicación auténtica establecen los puentes de sentido, de expresión natural, de colaboración y de simbiosis que permiten usar el lenguaje progresivamente.

En esa interna emoción bautismal con la que accedemos a los significados, y vemos las equivalencias entre los códigos que los expresan, se tiende el puente que asegura la comunicación de las almas, la identidad de los espíritus. Si las palabras pueden compartir su sentido con otras palabras, podemos compartir las palabras con las de otros, con la misma identidad y equivalencia, con la misma energía.

4. El desvío semántico que nos reconduce al significado

El mismo mecanismo que genera hablantes es el que encuentra traducciones entre lenguajes y palabras. Es el mecanismo por el que un esfuerzo expresivo, a partir de un sistema secundario, se convierte en el medio idóneo de expresión. Y cada ser humano es un sistema secundario.

Cuando el niño aprende a hablar, prueba sus versiones. Fuerza las analogías, busca metáforas. Y desviándose o uniéndose a las reglas sintácticas, va generando su forma expresiva. En la base de la lengua hay un mecanismo generativo. Es el mismo que busca las equivalencias, que busca las metáforas. Cuando trabaja, genera al hablante. Y cuando el hablante lo usa, renueva y refresca el lenguaje, lo instituye, como decíamos.

La capacidad creativa e intuitiva en los lenguajes es su mecanismo matriz, como toda la teoría de la lingüística generativa supo ver. (Chomsky 2009). Experimentarla y dejar que ella nos expanda, extenderse en esa herramienta y a la vez, enriquecer la herramienta misma mediante nuestra propia aportación a su sistema traductor, es usar el lenguaje.

Así pues, todo medio es impropio o indirecto. Toda interfaz es un desvío, o una barrera que resuena. Toda expresión finalmente, es un trabajo de construcción y restricción que finalmente encuentra el modo de proyectar el significado idéntico al literal o primario. Una liberación.

Cuando usamos metáforas en el lenguaje, cuando generamos imágenes mediante un sistema de signos, cuando expresamos cualquier realidad en un medio, el acceso al sentido se vincula igualmente con la exactitud de la imagen comparada. Por supuesto siempre hay un movimiento hacia la interpretación exacta mediante el uso indirecto o impropio, que puede venir constituido por una extensión impropia del lenguaje, una ruptura de sus reglas de selección en el uso de un medio improvisado. Esto abre ese lenguaje a una maleabilidad del mundo expresable, haciéndolo artístico, forjándolo con la belleza de su armoniosa adaptación. De nuevo se trata de una traducción artística.

El sentido es una composición, pero esa composición genera una impresión de conjunto que resuena como hallazgo de experiencia, porque la versión hacia el significado abre la expresión hacia aspectos creativos de síntesis, e incluso, hacia aquello que es intangible e inexplicable, que aparece como acierto en el decir,

compuesto por elementos materiales pero exorcizado por ellos, no generado en ellos.

El esfuerzo de la traducción nos lleva a verter, volcar, el significado para que sirva, y con ello, lo ampliamos y cambiamos. Lo hacemos de nuevo. Lo hacemos acertado. Y al hacerlo, lo compartimos. No es posible hacerlo solo, pues se trata de traducción.

El misterio del lenguaje es desvelar la unidad más allá del mundo. Su relación con lo sagrado, con la energía vital, se cifra y se desvela en él.

Solamente en la traducción es posible ser transparente.

Solamente en la comunicación es posible ser.

Referencias

- Bühler, Carl (1950) *Teoría de la expresión: (el sistema explicado por su historia)*. Madrid: Alianza Editorial.
- Chomsky, Noam (2009): Aspectos de una Teoría de la sintaxis. Barcelona, Gedisa.
- Grice, Paul H., (1975) "Lógica y conversación". La búsqueda del significado. Lecturas de Filosofía del Lenguaje. Madrid: Tecnos.
- Keller, Helen, (2012a) *La historia de mi vida*. Sevilla, Renacimiento.
- (2012b) *El mundo en el que vivo*. Barcelona, Atalanta.
- Sto. Tomás de Aquino (1997). *Suma de Teología*. Primera parte. Madrid, BAC.
- Vygotsky, L., (2010) *Lenguaje y pensamiento*. Barcelona, Paidós.